

MARÍA SAINTE-HÈRMINE

UNA FAMILIA DE BANDIDOS EN 1793

RELATO DE UNA ABUELA

Prólogo
CARLOS ESTEBAN

Epílogo
ALBERTO BÁRCENA

Edición
KIKO MÉNDEZ-MONASTERIO



ÍNDICE

Prólogo, por Carlos Esteban	11
Introducción	17
PRIMERA PARTE. ANTES DE LA TEMPESTAD	21
CAPÍTULO 1: Genoveva y María	23
CAPÍTULO 2: La familia de Serant	33
CAPÍTULO 3: La Sorinière	45
CAPÍTULO 4: La escuela de la vida	57
CAPÍTULO 5: Las industrias de mi madrina	67
CAPÍTULO 6: Pastor e intruso	79
CAPÍTULO 7: Varennes	87
CAPÍTULO 8: Dos bodas	97
CAPÍTULO 9: Últimos días felices	113
CAPÍTULO 10: Tonio	129
SEGUNDA PARTE. DIOS Y EL REY	139
CAPÍTULO 11: La víspera	141
CAPÍTULO 12: El complot	147
CAPÍTULO 13: Judas	153
CAPÍTULO 14: La grandullona Fina	159
CAPÍTULO 15: Victoria de una mujer	165
CAPÍTULO 16: Los cortesanos de la desgracia	175
CAPÍTULO 17: ¡A nosotros, franceses!	185
CAPÍTULO 18: Los bandidos	201
CAPÍTULO 19: El 19 de septiembre de 1793	217
CAPÍTULO 20: La huida	233

ÍNDICE

CAPÍTULO 21: Genoveva en medio del fuego	249
CAPÍTULO 22: La vuelta de Urbano	257
CAPÍTULO 23: Venganza y perdón	267
CAPÍTULO 24: El huerto de La Saulaie	275
TERCERA PARTE. VÍCTIMAS Y VERDUGOS	285
CAPÍTULO 25: Muerte de Pedro	287
CAPÍTULO 26: ¡Pobre Genoveva!	295
CAPÍTULO 27: Las ideas de Olymphia Souriceau	307
CAPÍTULO 28: Vuela el pájaro	325
CAPÍTULO 29: Tres meses en Nantes	337
CAPÍTULO 30: La Nochebuena	351
CAPÍTULO 31: El secreto de Justina	355
CAPÍTULO 32: En el que justina se la pega a su ama	361
CAPÍTULO 33: Nobles y plebeyos	367
CAPÍTULO 34: El viático	373
CAPÍTULO 35: A los pies del ídolo	387
CAPÍTULO 36: El oficial bleau	397
CUARTA PARTE. LÁGRIMAS Y SONRISAS	411
CAPÍTULO 37: Desde nantes a Chartres	413
CAPÍTULO 38: La criadita de la señora Rembure	421
CAPÍTULO 39: Vuelve la primavera	441
CAPÍTULO 40: Últimos recuerdos	457
EPÍLOGO	465

PRÓLOGO

14 de julio de 1989. El presidente de la República Francesa, François Mitterrand, prepara un grandioso ceremonial para celebrar el segundo aniversario de la Revolución con mayúsculas, la que ha inaugurado la Edad Contemporánea en la que vivimos y cuyas ideas y relatos siguen siendo los dominantes.

¿Por qué no? ¿No era la Revolución francesa el hecho histórico que liberó Francia, primero, y el planeta entero a continuación, de la opresión, de la servidumbre y el despotismo a que sometían al pueblo reyes y sacerdotes? Con ella irrumpían en la Historia esa triple consigna, Libertad, Igualdad y Fraternidad, y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Todas las revueltas y revoluciones la han tenido desde entonces explícita o implícitamente como modelo, desde la Revolución rusa al Mayo francés.

Sí, claro, se cometieron inevitablemente excesos, como el Terror, pero no eran sino males necesarios para la regeneración política y, en cualquier caso, el resultado compensaba holgadamente el coste.

PRÓLOGO

Pero si el mito resiste en la historia oficial, entre los expertos se ha instalado un saludable escepticismo, y en medio de las triunfales celebraciones académicas del Bicentenario se “colaron”, como el Hada Mala en la fiesta del nacimiento de la Bella Durmiente, un puñado de historiadores disidentes, pronto convertidos en parias por sus colegas, cuyos irrefutables hallazgos sacaban a la luz la horrible verdad sobre la Vandea, el primer genocidio político de la historia.

Oficialmente, aquello había sido una guerra civil, la reacción de unos cuantos nobles guiando a atrasados campesinos atezados por la superstición y el servilismo impuesto a lo largo de siglos, poco más. Fueron calificados de “bandidos” y, en esencia, eso eran para la historia oficial. En los manuales de bachillerato, si se citaba el fenómeno, apenas merecía un párrafo.

Pero sólo tres años antes, la editorial universitaria France publicaba una tesis doctoral defendida en la Sorbona por un joven historiador, Reynald Secher. La obra, “El Genocidio Franco-Francés”, minuciosamente documentada, habría de levantar una furiosa polémica en la academia. “Genocidio” es una palabra terrible (sugerida para el título por Pierre Chanu, que formaba parte del tribunal universitario), asociada principalmente al exterminio judío por los nazis, y aún no había alcanzado los niveles de banalización de hoy. Aplicarla a las tropas de la Convención que combatieron en el oeste francés en 1793 y 1794 equivalía a una profanación en toda regla del sagrado mito revolucionario. Pero, de hecho, fue entonces cuando se inventó el concepto, si no la palabra: “populicidio” así lo denominó en la propia Asamblea de la época el revolucionario Graco Babeuf, poco sospechoso de simpatías reaccionarias.

En la Vandea, en el oeste francés, la Revolución de 1789 no fue acogida con recelo, más bien con ilusión, y sus habitantes participaron incluso en la compra de bienes eclesiásticos incautados como patrimonio de la Nación. De hecho, el descontento no habría

de estallar hasta 1791, cuando se obliga a los sacerdotes a someterse a una iglesia cismática creada por los revolucionarios, la Constitución Civil del Clero, condenada por la Santa Sede, y a expulsar de sus parroquias a los curas que no se sometían. Los campesinos de la zona responden inicialmente ignorando a los párrocos “oficiales” y protegiendo y dando asilo y escondite a los fieles, a “sus curas”, que siguen oficiando en bosques y graneros.

La chispa se enciende con la conscripción obligatoria, en 1793. Una cosa era permitir pasivamente aquellas ideas anticristianas y otra muy distinta defenderlas con las armas. Sin jefes, sin experiencia militar alguna, sin organización, los campesinos buscan y lo encuentran, para mortificación del guion oficial, no en un noble decidido a recuperar perdidos privilegios, sino en un chamarilero y antiguo sirviente, Jacques Cathelineau, llamado luego “el santo de Anjou”.

Ante la sorpresa generalizada, las victorias de los sublevados se suceden. Toman Saumur y Angers. En la Convención estalla la furia. “¡Destruid la Vandea!”, exclama Bertrand Barère de Vieuzac.

En el verano de 1793, el Comité de Salud Pública ordena que se envíen varios ejércitos a la región. Las familias vandeanas tienen que huir cruzando el Loira hacia Le Mans y Normandía. El 23 de diciembre de 1793, los restos del ejército Católico y Real son aniquilados en Savenay. Literalmente; en palabras del general Westermann ante la Convención: “No tengo un solo prisionero que reprocharme, los he exterminado a todos”.

Acaba así la fase de resistencia y empieza la pura y dura liquidación. En Nantes, Jean-Baptiste Carrier se complace con las mayores atrocidades, ahogando a 10.000 civiles inocentes en el Loira. Mientras, las “columnas infernales” de Turreau arrasan la Vandea, masacrando a pueblos enteros, incendiando aldeas y granjas, destruyendo cosechas entre diciembre de 1793 y junio del año siguiente.

PRÓLOGO

Lo que hace más terrorífica esta escalada del Terror contra campesinos indefensos es que ya no eran amenaza alguna, el peligro se había conjurado y los ejércitos vandeanos habían sido vencidos y aniquilados. Las tropas revolucionarias cosechaban victorias en el exterior. No basta con vencer la resistencia, hay que aplastarla. Como escribían al general Haxo representantes en misión de reconocimiento, “hay que aniquilar la Vandea porque ha osado dudar de los beneficios de la libertad”.

Vencieron y escribieron la historia oficial, ese “conjunto de mentiras sobre las que nos hemos puesto de acuerdo”, en palabras atribuidas a Napoleón. La Vandea fue doblemente destruida. Primero, con una carnicería sistemática que acabó con la vida de 170.000 personas y la destrucción del 20% de sus edificios. Después, con su tragedia borrada de la Historia oficial. “Desde hace doscientos años -escribía el historiador François Furet-, la República ha dejado a la Vandea sola con su desdicha; ya es hora de cerrar esa herida”.

Es la de la Vandea una tumba sin marcas, una historia proscribida despachada en los manuales como una simple revuelta de bandidos. Por eso el irónico “bandidos” del título de este libro, cuando poca gente puede haber más alejada de la imagen que uno se hace de un bandido que los Serant y su heroico entorno; por eso el recuerdo, desleído por los años, quedó en historias como la que aquí se narra, tragedias de familias que fueron transmitidas en la discreción de los hogares de padres a hijos, en los márgenes del Gran Relato.

Eso es “Una familia de bandidos”: los recuerdos de una abuela que cuenta a sus nietos su propia historia, única superviviente de una familia de vandeanos, los Serant.

Es la historia, en primera persona, de una vida concreta, pero precisamente por eso expone con mayor eficacia y viveza lo que fue una era, una mentalidad y una forma de entender el mundo que ha sido y aún hoy es sistemáticamente difamada y caricaturizada, una existencia animada, bendecida y presidida por la fe.

La narración tiene, en un sentido, dos autores: Jean Charrau, el jesuita que recibió el manuscrito de manos del nieto de quien lo cuenta, y la verdadera autora, María de Sainte-Hèrmine, quien explica al principio el objetivo que se ha marcado para escribirla: dar a sus descendientes a conocer mejor la historia de su familia “los beneficios de que Dios la ha colmado, beneficios amargos, sin duda, pero preciosos a la vez”.

Directa, sencilla y lineal, con las leves pero conmovedoras inexactitudes e imprecisiones y las reflexiones esperables en un recuento de recuerdos. Una familia de bandidos presenta al lector moderno un mundo a la vez familiar y tan ajeno como si transcurriera en tierras exóticas y remotas. Es nuestra historia, la de nuestros antepasados, viviendo conforme a la visión y las normas que construyeron nuestra civilización.

Pero el pasado es realmente un país extranjero, y especialmente para un católico contemporáneo no puede dejar de chocar la desarmante naturalidad con la que se hacía de la fe la base real de la vida y de la muerte, y no un mero “rincón personal y privado” de prácticas y opiniones.

La fe, una fe sin alharacas ni manifestaciones espectaculares, preside toda la peripecia, no ya de María o de los Serant, sino de toda la sociedad que les rodea, señores y campesinos. Una fe que les proscribiera el odio al enemigo que les masacra y destruye todo aquello que constituye su vida, un mundo que ven desaparecer para siempre ante sus ojos con pena, pero sin amargura.

En la obra, las vicisitudes históricas se entranan con la vida de la protagonista de tal modo que el lector asiste al relato de uno de los hechos cruciales de nuestra historia desde la mirada de los perdedores, al tiempo que a los hechos concretos, a los avatares del destino de personas reales, de carne y hueso.

En una trepidante historia de heroísmo, sacrificio y de fe, María de Sainte-Hèrmine verá sucederse los golpes del destino y

PRÓLOGO

la convulsión de la única vida que había conocido. Pero en vano se tratará de leer amargura o resentimiento en sus palabras. Porque María, como millones de sus contemporáneos y de las generaciones que la precedieron, sabe, con conocimiento hecho carne y sangre, que no hemos venido para quedarnos aquí, que somos *Homines viatores*, que estamos de paso. Y que si es cierto, como dijo Tolkien, que para un católico la historia es una sucesión de derrotas, también lo es que Cristo es el Señor de la Historia, y Él ya ha vencido al mundo.

Carlos Esteban

A MIS NIETOS

Carlos y Luisa Rembure

Para vosotros, hijos míos, escribo las presentes páginas, destinadas sólo a vosotros y a los hijos que Dios se digne concederos. Veréis por qué grandes pruebas quiso la Providencia hacer pasar a vuestra familia, y muy particularmente a vuestra pobre abuela, que hoy ocupa el lugar de vuestros padres, a quienes Dios se llevó consigo. Espero que esta lectura os sea provechosa. Ella os enseñará a caminar, durante esta vida, a la luz de la fe, para prepararos a la vida que no ha de tener fin. Tú, Carlos, vas a cumplir pronto quince años, y tú, Luisa, estás en los catorce; ahora comienza la edad crítica, y pronto os voy a faltar. Pero Dios nunca os faltará.

Os dejo este cuadernito como un recuerdo de familia. Al leer la historia de los vuestros, que tanto sufrieron aquí abajo, comprenderéis mejor que sólo existe una desgracia irreparable: traicionar al deber y perder el alma. Comprenderéis que los mayores males de esta vida no duran siempre, y que el cristiano debe mantener, durante su peregrinación en este mundo, levantados los ojos al cielo, donde está el único galardón que merece atraer nuestras miradas y nuestros deseos. Acordaos siempre de la divisa de vuestros padres, divisa que la marquesa de Serant, mi querida madrina y mi madre adoptiva, solía repetirme frecuentemente para grabarla bien en mi mente y en mi corazón: “Cumple con tu deber, suceda lo que suceda”.

Dios, hijos míos, os conceda la gracia de comprender que todo aquel que la pone en práctica ha hallado la verdadera paz y el camino del paraíso.

Os abrazo y os bendigo. Vuestra abuelita,
MARÍA SAINTE-HÈRMINE DE REMBURE.
La Chesnaie, 15 de octubre de 1845.

PRIMERA PARTE
ANTES DE LA TEMPESTAD

CAPÍTULO 1

GENOVEVA Y MARÍA

Nací el 15 de agosto de 1777 en la Chesnaie, en la parroquia de Liré¹, donde aún hoy día habitamos. Mi hermana Genoveva, que me llevaba seis años, vino al mundo el 1 de septiembre de 1771, a los dos años del casamiento de mis padres. El castillo en que vivíamos fue incendiado y destruido enteramente en 1793. La casa, que actualmente ocupamos nosotros tres solos, la mandó construir sobre las ruinas del castillo mi marido, vuestro abuelo Rembure.

Mi padre y mi madre sólo poseían una mediana fortuna, que apenas alcanzaba para proporcionarles un pasajero bienestar. Según parece habían poseído en otros tiempos bienes bastante considerables, pero esta riqueza había disminuido considerablemente en los primeros años de su casamiento, no sé por qué causa. Mi hermana Genoveva me dijo después que a mi padre le

¹ Liré una villa situada a la margen izquierda del Loira, casi enfrente de Aucenis, en los confines de Bretaña y del Anjou.

GENOVEVA Y MARÍA

había costado mucho aceptar esta prueba, y que el pensamiento del modestísimo porvenir reservado a sus hijos le causaba honda pena. Todavía no había aprendido a fiarse de la Providencia, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene.

El señor de Sainte-Hèrmine, vuestro bisabuelo, era un antiguo oficial de Marina que había estrenado sus primeras armas durante la guerra de los Siete Años, haciendo su primera campaña en las Indias, a las órdenes de Suffren. Enfermedades contraídas en aquel clima abrasador le obligaron a dejar la milicia. No contaba entonces más de cuarenta años, pero por lo que yo puedo recordar parecía un viejo, lo habían consumido antes de tiempo las fatigas de la guerra y, más que nada, la pena que le causó la muerte de su mujer.

Yo fui la que corté la vida a mi pobre madre, a quien no pude conocer, y que murió al darme a luz. Contaba apenas veintiocho años. Se dieron prisa en administrarme el Bautismo, porque se llegó a creer que yo también iba a morir. Pocos momentos antes de expirar, indicó mi madre que se me pusiese por nombre María, pues vine al mundo en una de las festividades de la Santísima Virgen.

Sobreviví contra toda esperanza y la Providencia me destinaba a muchos sufrimientos.

Mi padre adoraba a su mujer, y su pérdida le causó una herida de la que jamás pudo curarse. A fin de engañar su dolor, partió a las Indias al año siguiente (1778), en los comienzos de la guerra de América. Iba al mando de la corbeta “Isis”, y se distinguió por muchos notables sucesos. Volvió en 1784 a nuestro lado con el retiro y el grado de capitán de navío, pero se mostraba tan triste y tan afligido como el día de su partida. Así nos lo aseguraba Julia, nuestra antigua aya, que durante la ausencia de papá había cuidado de nosotras en el castillo.

El pobre papá amaba tiernamente a mi hermana Genoveva, pero le era imposible acostumbrarse a verme, pues yo había

sido la causa de la muerte de mamá, a quien decían que me parecía muchísimo. Como no podía soportar mi presencia me envió a casa de mi nodriza, la buena de la tía Pajot, que vivía en el pueblo de Bouzillé. Allí permanecí dos años muy triste y olvidada hasta que, al fin, papá mandó que yo volviese. Continuaba abrumado por el pesar, pero empezó a comprender que su dolor era exagerado y que estaba siendo injusto conmigo.

No reinaba en nuestro hogar la alegría, ni mucho menos, porque a pesar de su buena voluntad, nuestro padre no lograba dominar sus impresiones, y a cada paso le daban accesos de melancolía, que duraban días enteros. Durante este tiempo nadie se le podía acercar y no salía de su habitación ni a las horas de las comidas.

Ya se puede advertir que se había descuidado bastante mi educación. Cuando volví de casa de mi ama, con nueve años, no sabía ni siquiera leer, pues nadie se había ocupado de mí.

Papá había puesto a Genoveva una institutriz que se había establecido en Chesnaie al año siguiente de la muerte de mamá. La señorita Lerroy era una mujer de mucho talento y excelente cristiana. Como Genoveva poseía gran facilidad para el estudio y ardiente deseo de saber, adelantó lo indecible bajo su dirección. Cuando en 1787 murió mi padre, estaba ya mi hermana muy instruida para una joven de dieciséis años.

En lo que a mí respecta, desde que volví de casa de mi nodriza sólo trabajaba a ratos, porque la señorita Lerroy nos había dejado a poco de mi llegada, y Genoveva, que se había encargado de instruirme, no tenía bastante autoridad sobre mí para obligarme a estudiar. Llegó a enseñarme algo de catecismo, pero yo no adelantaba, y un año después de mi vuelta no me creyeron lo suficientemente instruida para hacer mi primera Comunión, lo cual me causó mucha vergüenza, y eso que no era mía toda la culpa.

Nuestro padre tenía excelente corazón y admirables virtudes naturales; mas ¡ay! le faltaba lo más importante. Aunque es

GENOVEVA Y MARÍA

verdad que creía en Dios, hacía muchos años que había dejado la práctica de los Sacramentos. Supe después que lo que le había pervertido había sido la lectura de las obras de Voltaire y de Rousseau. Esta indiferencia de mi padre para las cosas de la religión había arrancado muchas lágrimas a mi madre, y esta pena contribuyó, según me dijeron, a quebrantar antes de tiempo su salud.

Pocos son los recuerdos que de mis primeros años conservo, me queda tan sólo la impresión de una amarga tristeza y de un profundo hastío.

En el mes de septiembre de 1787 padeció mi padre una peritonitis aguda, que felizmente le dejó conocimiento para poder reconciliarse con Dios. Con santa y entera libertad, mandó llamar al señor cura; hizo en nuestra presencia el sacrificio de su vida a Dios, pidió a todos perdón por el escándalo que había dado violando los preceptos de la Iglesia, y recibió los Sacramentos con gran fe y arrepentimiento.

Terminada esta ceremonia, hizo entrar en su habitación al marqués de Serant, su antiguo amigo y compañero de armas, con quien había hecho en las Indias su última campaña. Al sentirse gravemente enfermo, había enviado un criado para suplicarle que viniese inmediatamente. Este hidalgo caballero, antiguo marino como mi padre, habitaba en el castillo de Bois-Joli, situado en la margen izquierda del Loira, como a unas tres leguas de Chesnaie. Mi papá solía ir con mi hermana mayor a visitar a los marqueses de Serant. La marquesa había conocido y amado mucho a mi madre, era mi madrina y nos quería tiernamente a mi hermana y a mí, pero yo nunca la veía porque graves dolencias le impedían venir a Chesnaie, y porque yo tampoco iba a Bois-Joli.

Tenían los marqueses de Serant un hijo, llamado Arturo, que contaba entonces diecinueve años, decidido a seguir la carrera de las armas, y que acababa de terminar su educación en la Escuela militar de Sorèze, de donde han salido tan cumplidos oficiales.

Cuando hubo entrado el marqués en el cuarto de papá, éste le dio con efusión las gracias por haber acudido a su llamamiento, y cogiéndole después la mano, le hizo hincarse de rodillas al lado de su lecho. Nos encontrábamos allí Genoveva y yo deshechas en llanto.

—¿Ves —dijo mi padre— a estas niñas? Pues van a quedarse huérfanas, sin protector en este mundo. Mi pensamiento se ha fijado en ti y en tu mujer. ¿Puedo esperar que, al morir yo, las recogeréis en vuestra casa, y que seréis para ellas sus segundos padres?

—No era otra mi intención al venir aquí, mi querido Sainte-Hèrmine —respondió sencillamente el marqués—, y yo mismo te lo hubiera propuesto de no haberte tú adelantado a mis deseos. Te agradezco que no hayas dudado de nosotros. Cuando dejé esta mañana Bois-Joli, me dijo Juana²: “Por supuesto, que si sucede cualquier desgracia, te traerás contigo a Genoveva y a María. Tenemos, más que nadie, el derecho de hacernos cargo de ellas.” Ya ves que, tanto mi mujer como yo, estamos de perfecto acuerdo. Si no ha venido ella misma en persona, ha sido por no permitírsele el mal estado de salud en que se encuentra, como tú mismo sabes.

Mi padre estrechó fuertemente la mano del marqués.

—Gracias, viejo camarada —le dijo—. Hice bien en contar contigo.

Entonces, haciéndonos señal a las dos de que nos aproximásemos a su cama, puso la mano sobre nuestras cabezas, y nos dio su bendición.

—Perdóname, pobrecita mía —me dijo—, la dureza que he usado contigo. Yo te aseguro, hija mía, que a pesar de todo te amaba, y mucho, pero no podía dominar mi sensibilidad.

2 La marquesa de Serant.

GENOVEVA Y MARÍA

Después encargó a Genoveva que velara por mí, nos recomendó que tuviésemos mucho respeto y amor a los marqueses de Serant, que tenían la bondad de recibirnos en Bois-Joli y de mirarnos como a hijas suyas; nos ordenó que los obedeciésemos siempre, y nos suplicó que pidiésemos por el eterno descanso de su alma.

Después, viendo que se debilitaba por momentos, quiso que se le hiciese la recomendación del alma. Lo hizo Genoveva con su voz entrecortada por los sollozos. Hacia el fin de las invocaciones expiró tranquilamente, después de haber besado el crucifijo que le presentaba el sacerdote.

Imposible expresar el dolor que sentimos cuando nos dimos cuenta de que nuestro queridísimo padre nos había dejado para siempre. El marqués, a pesar de toda la delicadeza de su corazón, no lograba consolarnos. En fin, ya de noche, estábamos tan cansadas que nos dormimos con profundo sueño. Reparó este descanso nuestras fuerzas, y al siguiente día nuestra aflicción, todavía profunda, era más tranquila y más resignada. Genoveva, de una manera sencilla, pero digna, dio al marqués las gracias, tanto por ella como por mí, prometiéndole, que procuraríamos muy de veras agradecer sus bondades con nuestra obediencia y con nuestro afecto. Nos abrazó con ternura y nos aseguró de nuevo que cuidaría de nuestro porvenir, y que, tanto su esposa como él, harían todo lo posible a fin de servirnos de padres, en sustitución de los que habíamos perdido. A los dos días se condujo al cementerio de Liré el cadáver de nuestro pobre padre, triste ceremonia que culminó nuestro dolor. El marqués contaba con que saldríamos aquella misma tarde en su compañía para Bois-Joli; pero al vermos tan fatigadas decidió partir al día siguiente, a fin de darnos un corto descanso.

El martes por la mañana salimos muy temprano. En aquella época, todo el mundo, sin exceptuar las señoras, viajaba a caballo, por haber pocos caminos y no podían servir sino muy raras veces para los carruajes.

Tres carreteras había entonces para el servicio del Bocage y del alto y bajo Poitou. La primera iba desde Saumur hasta Sables-d'Olonne; la segunda, desde Nantes hasta la Rochela, y la tercera, desde Sorinière hasta Mothe-Achard, por Légé y Palluau.

Aparte de estas tres arterias principales y otras dos o tres de menos importancia³, las localidades de estas dos provincias no se comunicaban más que por medio de caminos raros y muy mal cuidados, sembrados de profundos baches y cortados a veces por verdaderos barrancos, que hacían impracticable el paso a los carruajes, y muy difícil aún a los jinetes. Con frecuencia era preciso caminar a pie por desfiladeros estrechos y oscuros para llegar a encontrar de nuevo el camino después de haber dado un rodeo.

Genoveva sabía ya montar bien; pero en cuanto a mí, que solamente había cabalgado montada en un minúsculo y pacífico jumentillo, temblaba a la sola idea de montar en Tristán, el gran caballo negro del marqués. Dicho animal tenía malas trazas, y me parecía que tramaba alguna diablura; me daba mucho miedo siempre que le veía levantar bruscamente la cabeza o le oía lanzar fuertes resoplidos.

Se había hecho venir de Bois-Joli, para Genoveva, un póney muy bien enjaezado, aunque no le importaba a mi hermana una cabalgadura algo difícil. Más adelante tuvo mi pobre hermana que pasar a caballo muchos días y muchas noches, y no ciertamente por gusto.

Cuando el marqués montó en Tristán hizo que se me colocase detrás de él, sujetándome a la silla, cuya prolongación se extendía sobre la grupa del animal. Allí me sentaron con toda

³ Conviene hacer también mención del camino que había desde Angers a Cholet, de otro desde Chemillé a Nantes, y un tercero desde Nantes a Paimboeuf (nota del coronel Rembure).

GENOVEVA Y MARÍA

comodidad. Por aquel tiempo se usaban sillas de esta clase para viajar dos, colono y colona, dama y caballero, en una misma cabalgadura. De este modo se evitaba el peligro de caerse durante el camino a las mujeres y a los niños que no sabían montar.

Apenas nos encontramos en plena campiña, el aire libre nos reanimó. Genoveva, sin embargo, no dejaba de llorar; pero yo, ligera y poco reflexiva, olvidé un tanto mi pena con las distracciones del viaje, si bien es verdad que yo era todavía muy joven.

A la media hora de nuestra salida, viéndome tan seguramente montada, se me quitó por completo el miedo, y disfrutaba yendo a caballo.

En un principio solía el marqués volver la cabeza para preguntarme si estaba bien instalada y si no tenía miedo; pero mi cara sonriente y picaresca disipó pronto sus inquietudes y le tranquilizó por completo. Me encontraba tan a mis anchas sobre el lomo de mi cabalgadura como si estuviera sentada en un cómodo sillón. Con objeto de variar mis entretenimientos, me puse a ensartar perlas, ocupación que siempre me había gustado mucho. Por mala suerte mía, se me había olvidado llevar hilo, y no sabía cómo arreglármelas, cuando de pronto me asaltó una idea luminosa. ¡Oh, si yo pudiese hacerme con una crin de la cola del caballo negro!... ¡Qué bien me vendría! Para él sería igual; ¡tiene tantas!

En los niños no hay, de ordinario, gran distancia del proyecto a la ejecución. Al punto, sin más reflexión, cogí una soberbia crin de en medio del hermoso penacho negro que se agitaba al alcance de mi brazo, y dándole enseguida algunas vueltas en mi mano, tiré hacia arriba con todas mis fuerzas. La crin se me quedó entre los dedos; pero no tuve tiempo de aplaudirme por mi buen éxito, pues estuvo a punto de costarme muy caro mi atrevimiento.

Tristán hizo una violenta parada que me arrancó un grito de espanto y puso al señor de Serant a punto de caerse del caballo, a pesar de ser tan buen jinete. En cuanto a mí, hubiera dado con

mi cuerpo en tierra a no ser por las fuertes ataduras que me sujetaban a la silla. El marqués recogió de pronto las riendas y castigó vigorosamente al pobre animal, que se encabritaba furioso y piafaba lleno de cólera. Cuando logró sujetarlo, se volvió hacia mí para tranquilizarme. El espanto y la confusión me habían hecho palidecer. Mi compañero no achacó mi turbación sino al miedo, muy natural, por otra parte, que yo había experimentado, y nunca llegó a saber por qué se había espantado de aquel modo su caballo. Por más que, echando pie a tierra, examinó las herraduras y estuvo inspeccionando minuciosamente al animal, no pudo dar con el cuerpo del delito. Sacudía Tristán la cabeza y escarbaba el suelo mientras que el señor Serant le miraba las patas. “No es ahí, mi amo”, parecía decirle con rabia.

—Le habrá picado alguna mosca —dijo, al fin, el marqués al volverse a montar.

A mil leguas estaba de sospechar que tenía detrás de sí a la indigna mosquita, que, una vez pasado el peligro, se estaba riendo a hurtadillas a propósito de la aventura.

Tristán y yo fuimos los únicos sabedores de la verdad de aquel incidente, y a pesar de que el pobre animal pagó por culpa mía, tengo para mí que jamás dijo palabra. Así acontece en el mundo, que a veces pagan justos por pecadores.

El camino entre Liré y Bois-Joli estaba detestable; de suerte, que Genoveva y el marqués se vieron obligados muchas veces a echar pie a tierra y a conducir de las riendas a sus caballos, con lo cual el viaje duró la mañana entera. Era casi mediodía cuando divisamos las torrecillas del castillo, que asomaban entre el verde follaje, en lo alto del sendero que sigue la margen izquierda del Loira.